

Capítulo 7—La oración y la obediencia

Oración y acción

No debemos sentarnos para esperar tranquilamente la opresión y la tribulación, y cruzarnos de brazos sin hacer nada para impedir el mal. Que nuestros ruegos unidos asciendan al cielo. Orad y trabajad; trabajad y orad. Pero que ninguno obre impremeditadamente. Aprended como nunca antes que debéis ser humildes y mansos de corazón.—*Mensajes Selectos 2:425*.

Debemos orar, trabajar y creer. El Señor es nuestra eficiencia.—*El Evangelismo, 321*.

Hermanos, tendréis que luchar con dificultades, llevar cargas, dar consejos, planear y ejecutar, mirando constantemente a Dios para recibir ayuda. Orad y trabajad, trabajad y orad; como alumnos en la escuela de Cristo, aprended de Jesús.—*Testimonios para los Ministros, 507*.

[80]

La oración forma parte del plan del cielo para vencer el pecado

La oración es el medio ordenado por el cielo para tener éxito en el conflicto con el pecado y desarrollar el carácter cristiano. Las influencias divinas que vienen en respuesta a la oración de fe, efectuarán en el alma del suplicante todo lo que pide. Podemos pedir perdón del pecado, el Espíritu Santo, un temperamento semejante al de Cristo, sabiduría y poder para realizar su obra, o cualquier otro don que él ha prometido; y la promesa es: “Se os dará”.—*Los Hechos de los Apóstoles, 450, 451*.

Las tentaciones de cada día hacen de la oración una necesidad

La fortaleza adquirida al orar a Dios, unida al esfuerzo individual y a la preparación de la mente para que sea considerada y cuidadosa, prepara a la persona para los deberes diarios y conserva el espíritu en paz bajo toda circunstancia, por penosa que sea. Las tentaciones

a que estamos expuestos diariamente hacen de la oración una necesidad. A fin de que podamos ser guardados por el poder de Dios, por medio de la fe, los deseos de la mente debieran ascender en forma constante en oración silenciosa suplicando ayuda, luz, fortaleza y conocimiento. Pero la meditación y la oración no pueden desplazar el ferviente y fiel aprovechamiento del tiempo. Se necesita a la vez trabajo y oración para perfeccionar el carácter cristiano.—*La Maravillosa Gracia*, 317.

La oración diaria transforma los errores en victorias

[81] Si alguno que experimenta la comunión [diaria] con el Omnipotente voluntariamente se sale del sendero, no será por haber pecado, sino como consecuencia de no tener la vista siempre fija en Jesús. Sin embargo, el hecho de que haya cometido algún error no lo hace menos querido por Dios, porque cuando el creyente toma conciencia de su falta, regresa, y vuelve a fijar sus ojos en Cristo. Sabe que está en comunión con su Salvador, y cuando es reprochado por su equivocación en un asunto de juicio, no camina de mal humor quejándose de Dios, sino que transforma su error en una victoria. Aprende la lección de las enseñanzas de su Maestro, y presta más atención para no ser engañado nuevamente.—*Recibiréis Poder*, 136.

Cristo es el mediador entre nosotros y Dios

Cristo es el vínculo entre Dios y el hombre. Ha prometido interceder personalmente por nosotros. Él pone toda la virtud de su justicia del lado del suplicante. Implora a favor del hombre, y el hombre, necesitado de la ayuda divina, implora a favor de sí mismo ante la presencia de Dios, valiéndose de la influencia de Aquel que dio su vida para que el mundo tenga vida. Al reconocer ante Dios nuestro aprecio por los méritos de Cristo, nuestras intercesiones reciben un toque de incienso fragante. Al allegarnos a Dios en virtud de los méritos del Redentor, Cristo nos acerca a su lado, abrazándonos con su brazo humano, mientras que con su brazo divino se ase del trono del Infinito. Vierte sus méritos, cual suave incienso, dentro del incensario que tenemos en nuestras manos, para dar estímulo a nuestras peticiones. Promete escuchar y contestar nuestras súplicas.

Sí, Cristo se ha convertido en el cauce de la oración entre el hombre y Dios. También se ha convertido en el cauce de bendición entre Dios y el hombre. Ha unido la divinidad con la humanidad. Los hombres deberán cooperar con él para la salvación de sus propias almas, y luego esforzarse fervorosa y perseverantemente para salvar a los que están a punto de morir.—**Testimonios para la Iglesia 8:190.**

Así como el sumo pontífice rociaba la sangre caliente sobre el propiciatorio, mientras la fragante nube de incienso ascendía delante de Dios, de la misma manera, mientras confesamos nuestros pecados, e invocamos la eficacia de la sangre expiatoria de Cristo, nuestras oraciones han de ascender al cielo, fragantes con los méritos del carácter de nuestro Salvador. A pesar de nuestra indignidad, siempre hemos de tener en cuenta que hay Uno que puede quitar el [82] pecado, y que está dispuesto y deseoso de salvar al pecador. Con su propia sangre pagó la pena por todos los malhechores. Todo pecado reconocido delante de Dios con un corazón contrito, él lo quitará. “Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos, si fueren rojo como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”. **Isaías 1:18.**—**The Review and Herald, 29 de septiembre de 1896.**

Las oraciones no valen si hay iniquidad en el corazón

“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente”. **Tito 2:11, 12.** Cristo dice: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”. **Mateo 5:48.** ¿Qué sirven sus oraciones si usted alberga iniquidad en su corazón? A menos que haga un cambio completo, dentro de poco se cansará del reproche, como lo hicieron los hijos de Israel; y, como ellos, apostatará. Algunos de ustedes reconocen de palabras el reproche, pero no lo aceptan de corazón. Siguen como antes, solo que menos susceptibles a la influencia del Espíritu de Dios, haciéndose más y más ciegos, teniendo menos sabiduría, menos control sobre ustedes mismos, menos poder moral, y menos celo y gusto por los ejercicios religiosos; y, a menos que sean convertidos, últimamente perderán por completo su vínculo con Dios. No han realizado

cambios decididos en su vida al llegar la amonestación, porque no han visto y reconocido sus defectos de carácter y el gran contraste entre su vida y la vida de Cristo. Ha sido su costumbre colocarse en una posición donde no pierdan por completo la confianza de sus hermanos.—*Testimonies for the Church* 4:332.

La oración no reemplaza a la obediencia

[83] El cumplimiento de las promesas de Dios es condicional, y la oración no ocupará nunca el lugar del deber. “Si me amáis—dice Cristo—, guardad mis mandamientos”. “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, aquel es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él”. *Juan 14:15, 21*. Aquellos que presentan sus peticiones ante Dios, invocando su promesa, mientras no cumplen con las condiciones, insultan a Jehová. Invocan el nombre de Cristo como su autoridad para el cumplimiento de la promesa, pero no hacen las cosas que demostrarían fe en Cristo y amor por él.

Muchos no están cumpliendo las condiciones de aceptación por el Padre. Necesitamos examinar detenidamente las disposiciones que se han hecho para aproximarnos a Dios. Si somos desobedientes, traemos al Señor un pagaré para que él lo haga efectivo cuando no hemos cumplido las condiciones que lo harían pagadero a nosotros. Presentamos a Dios sus promesas y le pedimos que las cumpla, cuando, al hacerlo, él deshonraría su propio nombre.

La promesa es: “Si estuvierais en mí, y mis palabras estuvieran en vosotros, pedid todo lo que quisierais, y os será hecho”. *Juan 15:7*. Y Juan declara: “Y en esto sabemos que nosotros le hemos conocido, si guardamos sus mandamientos. El que dice, yo le he conocido, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y no hay verdad en él, mas el que guarda su palabra, la caridad de Dios está verdaderamente perfecta en él”. *1 Juan 2:3-5*.—*Palabras de Vida del Gran Maestro*, 110, 111.

Debemos creer que Dios escucha, y luego poner en práctica nuestras oraciones

Los niños y jóvenes pueden acudir a Jesús con sus cargas y perplejidades y saber que él respetará sus súplicas y les dará precisamente lo que necesiten. Sed fervientes; sed resueltos. Presentad la promesa a Dios, y luego creed, sin una duda. No esperéis sentir emociones especiales antes que os parezca que el Señor contesta. No indiquéis ningún modo particular en que el Señor deba obrar por vosotros antes de creer que recibiréis las cosas que le pedís, sino confiad en su palabra y dejad todo el asunto en manos del Señor, con la plena fe de que vuestra oración será honrada y recibiréis la respuesta en el momento exacto y en la forma precisa en que vuestro Padre celestial crea que es para bien vuestro; luego poned en práctica vuestras oraciones. Andad humildemente, y seguid avanzando.—*Mensajes para los Jóvenes*, 123.

[84]

Oremos por la gracia para resistir la tentación

En la vida diaria tropezará con sorpresas repentinas, chascos y tentaciones. ¿Qué dice la Palabra? “Resistid al diablo”, confiando firmemente en Dios, “y de vosotros huirá”. “Echen mano... de mi fortaleza, y hagan paz conmigo. ¡Sí, que hagan paz conmigo!” Mire a Jesús en todo momento y lugar, elevando una oración silenciosa y con corazón sincero para que pueda saber cómo hacer su voluntad. Entonces, cuando venga el enemigo como avenida de aguas el Espíritu del Señor levantará bandera en favor de usted contra ese enemigo. Cuando esté a punto de ceder, de perder la paciencia y el dominio propio y manifestar un espíritu duro y condenatorio, dispuesto a censurar y acusar, será el momento de elevar al cielo esta oración: “¡Ayúdame, oh Dios, a resistir la tentación, a desechar de mi corazón toda amargura, ira y maledicencia! Dame tu mansedumbre, tu humildad, tu longanimidad y tu amor. No me dejes deshonar a mi Redentor, ni interpretar mal las palabras y los motivos de mi esposa, de mis hijos y de mis hermanos y hermanas en la fe. Ayúdame a ser bondadoso, compasivo, de corazón tierno y perdonador. Ayúdame a ser un verdadero intercesor en mi hogar y a representar el carácter de Cristo ante los demás”.—*El hogar adventista*, 191 (1894).

Sabemos que los peligros y las tentaciones que acechan a los jóvenes en la actualidad no son pocos... Vivimos en días en que se necesita constante vigilancia y oración para resistir al mal. La preciosa Palabra de Dios es la norma para los jóvenes que desean ser fieles al Rey del cielo. Ellos deben estudiar las Escrituras; deben aprender de memoria un texto tras otro y adquirir un conocimiento de lo que el Señor ha dicho... Cuando se encuentren sufriendo pruebas, desenvuelvan la Palabra divina ante sus ojos, y con fe y corazones humildes busquen al Señor pidiéndole sabiduría para hallar su camino, y recibir fuerza para andar por él.—*The Youth's Instructor*, 3 de agosto de 1887.

Los jóvenes deben declarar la guerra a todos los hábitos que amenazan aunque sea en lo más mínimo con apartar el alma de la senda del deber y la devoción. Han de instituir horas de oración, sin descuidarlas nunca en lo posible. Si dejan de luchar contra las malas costumbres que tenían antes de profesar amistad con Cristo, pronto serán víctimas fáciles de los engaños satánicos. Pero si van armados con la Palabra de Dios, y si la custodian en el corazón y la mente, saldrán indemnes de todos los ataques que lancen los enemigos de Dios y el hombre.—*Mi vida hoy*, 325.

[87]